
RESEÑA DE LIBROS

CLARK W. REYNOLDS, *The Mexican Economy, Twentieth Century; Structure and Growth*, New Haven, Yale University Press, 1970, 468 pp.

El estudio sobre México del profesor Reynolds forma parte de una investigación del Economic Growth Center de la Universidad Yale sobre veinticinco países en desarrollo; como parte de este trabajo, han aparecido hasta ahora varios volúmenes acerca de algunos países de África y América Latina. Los autores de estas series, economistas jóvenes y capaces, han dedicado bastante tiempo a trabajos *in situ*, complementados con investigación en el propio Centro; esta obra forma parte de ese género de publicaciones que deben evaluarse con base en normas académicas rigurosas. Merced a la lúcida imaginación del profesor Reynolds, el libro resulta bastante más atractivo de lo que podría esperarse de una investigación de este tipo, es de ágil lectura y, en ocasiones, incluso resulta divertido. Sin embargo, contiene una serie de observaciones, no todas bien fundamentadas, que lo hacen susceptible de severas críticas profesionales.

En un horizonte amplio, Reynolds busca formular hipótesis innovadoras, especialmente en lo relativo a la interacción entre la agricultura y la industria, que sean compatibles con las modernas teorías del desarrollo y también con la evidencia histórica cuantitativa. Considerando la naturaleza limitada de las estadísticas mexicanas, especialmente en años anteriores, ésta es una labor en verdad ardua y ambiciosa, coronada con bastante éxito. En el análisis, que abarca desde 1900 a la fecha, el autor empieza por describir las dificultades económicas de finales del Porfiriato, sobre todo las rigideces en la oferta de alimentos resultantes de un sector agrícola atrasado, y el subempleo artesanal producido por los primeros impulsos de industrialización; cuidadosamente, describe también el decremento de los salarios reales agravados por el deterioro en la relación de intercambio del comercio mundial. Éstos fueron los hechos que precedieron a la primera gran Revolución social del presente siglo.

Al término del conflicto armado, siguió un período de reformas institucionales que, según Reynolds, constituye un factor esencial para entender las favorables condiciones de la oferta agrícola que le sucedieron; dichos cambios contribuyeron también de manera significativa al crecimiento urbano posterior. La reforma agraria de los años treinta hizo políticamente posible la orientación de fondos públicos en gran escala hacia la agricultura comercial, a través de inversiones en obras modernas de infraestructura rural. El sector agrícola moderno, piensa el autor, obtuvo ganancias derivadas del bajo costo de la mano de obra proveniente de la agricultura de subsistencia que se le incorporó. Se benefició además del uso de innovaciones tecnológicas modernas como semillas mejoradas, fertilizantes, parasiticidas, pesticidas, etc. Los incrementos de los ingresos en el sector agrícola produjeron aumentos en la demanda de productos industriales de uso final así como adquisiciones de insumos de origen industrial; aún más, crearon ahorro privado que se transfirió fuera del sector en apoyo del desarrollo industrial, y por otra parte, se generaron divisas al expandirse el producto agrícola de exportación. Los subsidios gubernamentales, el encubrimiento de utilidades, las facilidades especiales de crédito y los controles a la importación, fueron factores que contribuyeron a hacer poco riesgosas y altamente redituables

las inversiones en la industria, circunstancias que por sí solas permitieron una amplia expansión industrial y que se reflejaron en una elevada tasa de crecimiento del producto bruto en términos reales. Sin embargo, a la larga, la excesiva protección de la competencia externa, las facilidades especiales de crédito y el afán del Gobierno por promover la sustitución de importaciones por todos los medios posibles, condujeron junto con la expansión del producto industrial a una situación de capacidad excedente, limitado poder de absorción de mano de obra, incrementos insignificantes de productividad y una carga fiscal débil, orientada generalmente a fomentar técnicas de producción intensivas en capital.

¿Quién ha cosechado los frutos del desarrollo económico mexicano? Al responder a esta pregunta, el profesor Reynolds hace hincapié en la persistencia de la pobreza, tanto en el campo como en las ciudades; por ejemplo, en 1907, los campesinos que vivían a nivel de subsistencia en el sector agrícola eran 7 millones, mientras que para 1960 nos señala que esta cifra había disminuido apenas en poco menos de un millón. La distribución del ingreso ha favorecido a la población urbana; la brecha entre ricos y pobres se ha ampliado y, pese a que la equidad en la distribución del ingreso fue una de las metas principales de la reforma agraria, el sesgo respecto a la curva de equidistribución se ha tornado más agudo, y la desigualdad es más pronunciada ahora que en la mayoría de los países. Según Reynolds, la distribución del ingreso es más uniforme en la India que en México y, sin embargo, existe evidencia de que la clase media mexicana está percibiendo una parte creciente del ingreso, al mismo tiempo que proporciona mayores cantidades de ahorro relativo, capacidad técnica y poder de compra.

La intención gubernamental de impulsar a toda costa la inversión y el ahorro privados ha limitado severamente su capacidad impositiva, manteniendo baja la carga tributaria a las utilidades del comercio y la industria. El resultado es una estructura fiscal altamente regresiva, más allá de los niveles medios de ingresos. La falta de recursos ha limitado la capacidad de redistribución del Estado y ha retardado el desarrollo del sistema educativo. El autor señala que "México ocupa uno de los últimos lugares en el hemisferio, en términos de la población relativa que cuenta, cuando menos, con un mínimo de escolaridad" (p. 293), lo cual limita la oportunidad de las masas de mejorar su nivel de ingresos.

En el aspecto metodológico, el libro sigue los cálculos hechos por Edward F. Denison en su conocido libro *The Sources of Economic Growth in the United States and the Alternatives Before Us*. El procedimiento consiste en estimar los cambios en la magnitud de los insumos de capital y trabajo, para explicar la modificación en el producto total, dejando un término residual no explicado en el cual está contenido, entre otros elementos, el cambio tecnológico. Reynolds utiliza el mismo procedimiento para explicar, primero, el cambio en el producto total y, posteriormente, el del producto agrícola, el industrial y el del sector de servicios, tanto a nivel nacional como por regiones. El cálculo de dicha función producción se basa sólo en las observaciones de los escasos datos censales disponibles, lo que seguramente indignará al econométrico riguroso. Un caso específico de duda lo constituye la estimación del progreso tecnológico en el Noroeste y en algunas regiones del Norte; los residuos obtenidos del análisis de los orígenes del crecimiento, por Reynolds, son bastante bajos, e incluso negativos en dos decenios para el área del Pacífico Norte. Dado que dicha región se ha distinguido por la utilización de técnicas agrícolas intensivas en capital, rápidos incrementos en los rendimientos por hectárea y flexibilidad de los agricultores modernos para adaptar técnicas modernas e introducir nuevos cultivos, este resultado precisaría una explicación cuidadosa. Reynolds señala que la tasa de aprovechamiento factorial del progreso tecnológico en esta región ha sido bas-

tante más pequeña que en el resto de la República, razón por la cual cuestiona la eficiencia de la estrategia de desarrollo agrícola seguida. Esta interpretación parece dudosa por lo menos en dos aspectos: por un lado, pese a que el autor considera el papel fundamental de las inversiones en transportes en las regiones de abundante mano de obra, no incluye éstas, ni siquiera parcialmente, en el esquema de costos de inversión agrícola, por lo que el nivel de acumulación de capital en dichas regiones está subestimado. Un tratamiento adecuado de la inversión reduciría, sin duda, el residuo estimado para estas zonas. En segundo lugar, las inversiones en capital físico no han sido substitutos de las inversiones en capital humano (extensión agrícola) en el Noroeste; por el contrario, el programa de riego ha ido acompañado por una política directa de extensión, más intensa que en áreas no irrigadas. En consecuencia, probablemente la productividad del trabajo se haya incrementado más en el Noroeste que en cualquier otra área, lo que resulta opuesto a sus resultados.

Finalmente, es posible que la poca confiabilidad de los datos proporcionados en los censos, o el método arbitrario de haber hecho estimaciones solamente sobre dos observaciones en el tiempo, para explicar un decenio, expliquen los residuos obtenidos por el autor. Pero dejando este punto a un lado, Reynolds ha escrito un libro lleno de observaciones interesantes; el tema central parece bastante preciso: toma en cuenta el papel del cambio institucional y busca descubrir y explicar el punto de vista mexicano. Después de todo, ¿a quién le interesan las interminables discusiones de los economistas sobre aspectos metodológicos, excepto a ellos mismos?

LEOPOLDO SOLÍS M.
Dirección de Estudios Económicos
Secretaría de la Presidencia

ROGER D. HANSEN, *The Politics of Mexican Development*,¹ Baltimore, The John Hopkins Press, 1971, 276 pp.

A la ya importante producción de estudios elaborados por investigadores norteamericanos sobre el sistema político mexicano —por lo demás los únicos de relevancia salvo una o dos importantes excepciones— se suma el estudio del profesor Hansen. A diferencia de los trabajos que le anteceden éste presenta algunas peculiaridades que resulta importante destacar. En primer término, el carácter mismo del trabajo, cuyo objetivo no es el análisis en sí mismo del sistema político ni tampoco del proceso económico; más que eso, se trata de explicar el proceso de crecimiento económico en función de las condicionantes sociopolíticas y culturales. Como el propio autor señala en el prólogo, su libro intenta explicar la formación del sistema económico en un contexto amplio, que se define por el análisis de los parámetros políticos, sociales y culturales del propio proceso.

Para fines de exposición es posible dividir el libro en dos grandes partes. La primera (Caps. 1 a 4) describe el proceso global de desarrollo económico a partir de la Revolución y en especial el período de crecimiento rápido cuyo origen ubica el autor a partir de 1940. La segunda está constituida precisamente por el análisis de los diversos parámetros buscando integrar una explicación del proceso económico y en particular del crecimiento con estabilidad. En este sentido, el autor intenta definir el tipo de relación que se es-

¹ En fecha reciente apareció la versión en español de esta obra bajo el título de *La política del desarrollo mexicano*, editada por Siglo XXI Editores.

tablece entre el propio proceso de crecimiento y la estabilidad política, tomando como eje del análisis la acción del sector público y su relación con clases y sectores sociales pertinentes.

Por lo que respecta al estudio del crecimiento económico es posible decir que, más que un análisis, lo que se presenta es una descripción sistemática de los rasgos distintivos del crecimiento económico o de lo que el autor llama —utilizando una denominación ya generalizada— “el milagro mexicano”.

En consecuencia, el lector debe quedar prevenido de no esperar una investigación profunda de los aspectos económicos, ya que esto dista mucho de ser el objeto del tema. Esta primera parte debe ser vista como la presentación del objeto a ser explicado y en este sentido debe reconocerse que Hansen logra dar un panorama del crecimiento económico de manera clara, sintética y precisa, incluyendo además una referencia a las bases económicas de la industrialización surgidas durante el Porfiriato, en la que consigue un adecuado manejo de la dimensión histórica dando así mayor contenido concreto a la descripción.

La parte propiamente explicativa del libro se inicia con una discusión de las dos principales interpretaciones sobre el sistema político mexicano respecto del papel del partido oficial. La primera, que propone la idea de que el partido constituye un canal de comunicación de las demandas de los grupos populares para que éstas sean conocidas y resueltas por los sectores dirigentes. La segunda, que propone la idea de que en la cúspide del sistema ha cristalizado una *élite* política que utilizaría al partido como medio de control popular a fin de canalizar los beneficios del crecimiento hacia grupos particulares.

Mediante un inteligente uso de datos indirectos que indican el alto grado en que los beneficios del desarrollo se han concentrado en pequeños grupos que ocupan posiciones privilegiadas en la estructura económica y política, así como a través del análisis de los medios de control —especialmente los sindicatos— Hansen logra dar alguna evidencia que lo lleva a optar por la segunda interpretación.

Con esta base el autor procede a estudiar algunos aspectos específicos del sistema aunque algunos de carácter más general que otros. De entre éstos, dos destacan por su importancia: el análisis de los medios utilizados por el sistema para mantener la estabilidad y el estudio de las características de la *élite* política.

A fin de explicar las bases de la estabilidad, Hansen recurre al modelo de análisis de Easton procurando destacar las características del juego entre las demandas presentadas al sistema y la capacidad de éste tanto de satisfacerlas como, en otros casos, de limitarlas. Asimismo, procura destacar los llamados “soportes” difusos y “específicos” generados por el propio sistema, que no son otra cosa que los elementos ideológicos, en el primer caso, y las medidas de política concreta, económica y social especialmente, en el segundo.

A fin de explicar con más detalle las bases de la estabilidad, Hansen lleva a cabo un análisis comparativo entre las características del sistema político durante el Porfiriato y el actual, y concluye en que los dos sistemas se caracterizan por presentar una estructura de poder altamente concentrada. Sin embargo, la diferencia substancial radicaría en la capacidad del sistema posrevolucionario para satisfacer las demandas de un grupo específico —caracterizado por el autor en términos socioculturales— e identificado como el grupo “mestizo”.

Los factores que darían cuenta de la capacidad de un sistema para satisfacer las demandas de dicho grupo serían tres: redistribución de la tierra y movilidad, rápido crecimiento económico y alta tasa de circulación dentro de la *élite* política. En este último punto, Hansen propone la idea de que si bien el poder se encuentra centralizado y concentrado al mismo tiempo, el

grado de institucionalización que se ha logrado —utilizando aquí el modelo de Huntington— permite un continuo cambio de los miembros de la *élite* dirigente a través de los reemplazos periódicos de miembros de la alta burocracia, tanto en los puestos de designación como en los de elección.

En términos de clases y grupos sociales pertinentes al proceso, Hansen pone todo el énfasis en el papel que ha jugado la *élite* política mestiza. Su idea es que este grupo, surgido desde la Colonia, ha venido cristalizando paulatinamente como sector básico de decisión. Al mismo tiempo, este grupo, al poseer características socioculturales homogéneas, ha podido dar al sistema un sello específico y distintivo en donde se conjugan una serie de rasgos tales como capacidad de control y manipulación, eficiencia en el manejo de las decisiones que afectan al desarrollo, así como capacidad de mantener un sistema de beneficios y recompensas basado en la corrupción.

Por ser ésta una de las ideas vertebrales utilizadas por el autor para proponer una explicación del sistema político mexicano, es importante hacer notar algunas observaciones. En primer término, es de destacar la notable intuición de Hansen para captar la existencia de un hilo de continuidad en la historia política mexicana a través de un grupo concreto, aspecto éste reiteradamente dejado de lado por muy diversos investigadores nacionales y extranjeros.

En efecto, de alguna manera Hansen rompe con la visión tradicional que considera tres grandes momentos en la historia nacional sin hacer presente alguna conexión entre ellos. En este sentido, el autor encuentra cierto hilo de continuidad a través de la política del grupo mestizo.

Sin embargo, esta idea no deja de ser sino el resultado de una brillante intuición que dista mucho de ser una idea susceptible de ser verificada con facilidad, debido a dos motivos fundamentales, el primero de orden conceptual y el segundo, ligado a éste de alguna manera, propiamente de orden histórico. Conceptualmente, porque como han probado la ciencia política y la sociología, las categorías socioculturales no dan una especificación suficiente de un grupo si no se hace referencia a los marcos de intereses estructurales económicos y políticos. Esto es, si bien es posible proponer la continuidad de acción de un grupo, no resulta tan claro que tras de los sucesivos cambios en la estructura económica del país, el perfil cultural del grupo no se haya visto afectado.

En otras palabras, parece posible suponer que no basta ser mestizo para tener un interés político y económico claramente delimitado, cuestión que ni siquiera es posible sostener aún en el supuesto de que México hubiera constituido una sociedad de castas. En consecuencia, la característica sociocultural puede llevar a detectar un rasgo general de un grupo, una mera continuidad formal, pero faltaría especificar la forma en que el grupo —uniformado al rasgo cultural— se modifica o no de acuerdo con las variaciones sociopolíticas y económicas de la estructura.

Desde el punto de vista histórico, la debilidad del análisis es clara. Hansen se basa en la interpretación de Molina Enríquez respecto de las clases sociales en México, y este autor constituye la fuente originaria de su intuición no por ello menos brillante pero de ninguna manera original. Si bien el planteamiento de Molina es sin duda útil y sugerente como punto de partida, no puede extrapolarse y tomarse como explicación acabada del proceso. Y aquí radica uno de los problemas de Hansen, la seguridad con que toma la interpretación de Molina Enríquez, cuyo punto de vista habría que validar con mucha investigación histórica —de la cual se carece— antes de poder darle más valor que el de una mera interpretación.

En síntesis, el libro de Hansen aparece como un planteamiento sistemático y riguroso de las características que presentan en su interrelación el proceso de crecimiento económico y el sistema político mexicano. Constituye

un trabajo sumamente sugerente y lleno de ideas precisas para ser investigadas y en algunos casos logra dar alguna evidencia más o menos incuestionable para algunas hipótesis de nivel muy concreto. Pero a la vez muestra el límite hasta donde cierto tipo de conceptualizaciones y aproximaciones teóricas puede llegar.

En efecto, si el trabajo de Hansen termina por ser un nuevo punto de partida para investigaciones que lleguen a ser más explicativas, es finalmente debido a una razón muy concreta: el enfoque teórico seguido por el autor, basado en Easton y Huntington, y los conceptos socioculturales, no puede tener más que un valor heurístico pero difícilmente un valor explicativo. Aquí, justo es reconocerlo, la limitación tal vez no lo sea tanto del autor como de la perspectiva de análisis que éste decidió utilizar.

MANUEL VILLA AGUILERA
El Colegio de México

MARTIN SABLE, *Latin American Urbanization: A Guide to the Literature, Organizations and Personnel*, Metuchen, N.J., The Scarecrow Press Inc., 1971, 1071 pp.

Una bibliografía, generalmente, sólo amerita una breve descripción. Sin embargo, en el caso presente, además de lo anterior se juzga pertinente exponer algunos comentarios sobre el laborioso trabajo de Sable.

La obra en cuestión se divide en tres partes: 1) la bibliográfica, 2) el directorio y 3) la correspondiente a los índices. La primera cubre cinco grandes áreas: a) estética y humanidades; b) economía, industria y comercio; c) gobierno y legislación; d) sociología y e) la urbanización como fenómeno y campo de investigación. Éstas a su vez se subdividen en 30 temas que abarcan diferentes aspectos de la vida urbana de América Latina, tanto aquellos comúnmente tratados por los técnicos en urbanismo tales como: servicios públicos, gobierno municipal, demografía, vivienda, transportación, etcétera, como también otros pocos conocidos, como la ciudad en la literatura, religión, lingüística, descripción y viaje, etc.

La organización y presentación de la extensa bibliografía es relativamente clara y sencilla de manejar. En cada uno de los 30 temas, las fichas bibliográficas numeradas en forma secuencial hasta la 6903, se ordenan, primero, según *libros* y en seguida, según *publicaciones periódicas*. A su vez, cada una de estas divisiones presenta las fichas —siguiendo el orden alfabético— por autores y por países; encabezan la lista en cada caso algunos títulos referidos a América Latina.

Tres directorios constituyen la segunda parte del libro. El primero, presenta los centros de investigación, institutos y organismos de investigación relacionados con la urbanización y campos afines, en los Estados Unidos, América Latina y Europa (inclusive Canadá y la India). Las instituciones enumeradas por orden alfabético, se presentan según estados de la Unión, en el primer caso, y por países, en los dos restantes.

El directorio número 2 contiene, en la misma forma descrita arriba, las oficinas de los gobiernos locales, estatales y nacionales, las asociaciones comerciales y profesionales, así como los organismos internacionales y las fundaciones ligadas con la urbanización.

Completa la serie de tres directorios el correspondiente a los especialistas en urbanización y áreas de actividad afines. Los nombres y direcciones de los profesionistas en cuestión se presentan alfabéticamente, según campos de actividad profesional y de acuerdo al país de América Latina.

La información contenida en los tres directorios "... se ofrece sin garantía en cuanto a su precisión, su ubicación en el tiempo y su integridad".¹ La precaución del autor es válida, pues fácilmente puede uno darse cuenta que algunas direcciones no están actualizadas, ciertos organismos gubernamentales han cambiado de nombre y se notan también algunas lagunas en los dos primeros directorios.

El libro concluye con una parte dedicada a tres índices: de la sección bibliográfica por autor y por tema y el correspondiente al de los tres directorios.

Una bibliografía de la amplitud y detalle como la descrita es una obra meritoria por el gran esfuerzo y dedicación que el autor puso en su elaboración. El libro tiene indiscutibles aspectos positivos. Destacan la compilación en un solo volumen de fácil manejo, una serie de temas relacionados con la ciudad, tan disímolos que difícilmente se encuentran en un solo trabajo bibliográfico; el incluir la sección de los directorios, uno de los mayores aciertos de Sable, listas que son todavía más difíciles de conseguir que las bibliografías y en la cual se incluye a una alta proporción de los profesionistas que están o han estado relacionados con la urbanización de América Latina.

Sin embargo, el libro presenta también varias deficiencias, algunas de ellas serias. Al examinar la bibliografía se observa que habiendo sido publicada en 1971, los títulos más recientes que contiene son de 1966 y excepcionalmente de 1967. Independientemente de cuáles hayan sido las razones por tal desfase, el resultado es bastante desafortunado, pues precisamente ha sido durante los últimos seis años cuando la literatura sobre el proceso de urbanización en América Latina se ha multiplicado en forma impresionante. Por lo mismo, la utilidad de la bibliografía para quienes investigan distintos aspectos de la urbanización latinoamericana resulta limitada. Esto puede comprobarse fácilmente comparando esta bibliografía con otras dos² que Sable no tomó en consideración —de lo contrario las hubiera citado en el subtema: "bibliografía sobre urbanización".

A pesar de que la bibliografía de Rabinovitz *et al.* es mucho más reducida que la de Sable, entre otras razones porque el tema que trata más en detalle corresponde a los sistemas políticos en América Latina y porque cita principalmente obras publicadas posteriormente a 1960, contiene títulos no registrados por Sable en algunos temas sobre urbanización, como demografía, economía y otros. La diferencia es más notable con el trabajo de Vaughan, cuya fuerza reside en su razonable y amplia cobertura de la literatura publicada desde 1965. Incluye pues, trabajos de 1968.

Estas dos bibliografías, mucho más modestas en presentación y precio a la de Sable, ciertamente no abarcan la misma diversidad de temas, pero se consideran, particularmente la más reciente, de mayor utilidad para el investigador de los aspectos socioeconómicos de la urbanización, por estar más actualizada.

Otro de los elementos valiosos que no están presentes en la obra de Sable es un listado de las publicaciones periódicas consultadas; Rabinovitz y Vaughan la presentan pero también con huecos importantes. En ninguno de los tres trabajos se citan: *Cuadernos de la Sociedad Venezolana de Planificación* (primer número publicado en agosto de 1962); *Cuadernos de Desarrollo*

¹ Sable, *op. cit.*, p. xlix.

² F. Rabinovitz, F. Trueblood y C. Savio, *Latin American Political Systems in an Urban Setting: A Preliminary Bibliography*, Centro de Estudios Latinoamericanos, Universidad de Florida, Gainesville, enero, 1967 y D. R. Vaughan, *Urbanization in Twentieth Century Latin America: A Working Bibliography*, Austin, Universidad de Texas, 1969.

Urbano Regional, Santiago, Chile, Comité interdisciplinario de Desarrollo Urbano, Universidad Católica de Chile (primer número en diciembre de 1966); las publicaciones del Centro de Estudios Urbanos y Regionales del Instituto Torcuato Di Tella, y por último, los trabajos que, desde 1967, aparecen en DEMOGRAFÍA Y ECONOMÍA, publicación del Centro de Estudios Económicos y Demográficos de El Colegio de México.

El índice de investigadores también está fuera de contexto actual y se mencionan muchos nombre de investigadores norteamericanos y algunos europeos que, probablemente, estaban elaborando, en el momento en que Sable hizo los directorios, sus tesis doctorales en países de América Latina o bien eran investigadores huéspedes. Sin embargo, no se incluyen a muchos de los investigadores latinoamericanos que durante los últimos cinco años han estado investigando e ltema en forma sistemática: Quijano, Delgado, Cotler, Rofman, Yujnovsky, Lander, Travieso, Funes, Jordan, Matos Mar, Ratinoff, Cardona y otros.

Se le escapa al autor la importancia capital de la formación del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y del primer grupo de trabajo creado, el de Desarrollo Urbano y Regional, ambos formados en 1967 en Bogotá, Colombia, grupo de trabajo que, dicho sea de paso, a partir de 1970 publica *EURE*, revista de estudios urbanos y regionales.

No obstante, las deficiencias encontradas en la bibliografía de Sable, ésta constituye la más abarcadora de todas las elaboradas a la fecha y de indiscutible utilidad, pero mucho menor que la que podría haber tenido. Dado que el autor plantea la posibilidad de publicar nuevas ediciones de la obra, para su consulta periódica y, en vista que "... el autor está dispuesto a recibir indicaciones motivando el mejoramiento del libro..."³ se sugiere lo siguiente:

1) publicar bibliografías sobre urbanización en América Latina menos ambiciosas en extensión y mucho más en profundidad. Esto es, reducir el número de temas, de los cuales algunos no son de primera utilidad al investigador en la materia, tales como los que se refieren al área de la "Estética y las Humanidades".

2) Simultáneamente, actualizar al máximo posible la bibliografía en los temas seleccionados de tal modo que se incluyan los trabajos más recientes de latinoamericanos y de extranjeros. Para ello se pueden utilizar las bibliografías de Rabinovitz *et al.*, y Vaughan y Brunn.⁴

3) El costo del libro es sumamente elevado para que los investigadores puedan adquirirlo. Bibliografías más compactas y sobre temas más selectos resultarían en una publicación mucho más modesta y de mucho menor costo.

4) Por último, la lista de investigadores debe ponerse al día; de lo contrario la esforzada labor de Sable se pone en entredicho por los propios investigadores que la utilizarían en América Latina. Para los estudiosos no latinoamericanos que conozcan el campo, les da una idea incompleta y algo falseada sobre el desarrollo del estudio de la urbanización latinoamericana en sus diferentes aspectos, así como de quienes nos dedicamos a tan importante tema.

LUIS UNIKEL S.
El Colegio de México

³ Sable, *op. cit.*, p. xlix.

⁴ F. Rabinovitz *et al.*, *Latin American Political Systems in an Urban Setting*.

SUSANA TORRADO DE IPOLA, *L'évolution démographique en Argentine de 1870 a 1960*. Tesis para obtener el doctorado en L'Ecole Pratique des Hautes Etudes, La Sorbona, París, 1970, 351 pp.

En esta tesis se presenta un análisis histórico de la situación demográfica de la Argentina entre 1870 y 1960 cuyo objetivo es aportar conocimientos de carácter demográfico a la comprensión del desarrollo económico actual de ese país. La autora se adhiere a la interpretación que hacen la mayoría de los historiadores de la economía argentina, quienes piensan que las contradicciones económicas actuales son reflejo del tipo de desarrollo económico que ha conocido el país de 1850 a la fecha.

El estudio está estructurado de una manera lógica y simple, lo cual hace su lectura fácil a pesar de la vastedad del trabajo. En una primera parte presenta la evolución económica y algunos rasgos de la sociedad argentina prevalecientes durante el período 1850-1960. Los aspectos sobresalientes de la evolución económica se presentan brevemente para después comentar distintas variables demográficas.

Entre 1850 y 1930 se produjo la expansión agrícola del país aprovechando la coyuntura internacional existente a mediados del siglo XIX. Los países industrializados de la época comenzaron a requerir productos agrícolas y materias primas para cuya obtención estaban dispuestos a invertir en el extranjero. Argentina reunía características adecuadas para la producción agrícola y ganadera pero no poseía la infraestructura necesaria para desarrollarla, ni la cantidad de población que hiciera factible este desarrollo. Inglaterra aportó a fines del siglo pasado la mayor parte de los capitales necesarios para poner en marcha la producción agrícola, la crianza de animales, el establecimiento de la red ferroviaria, puertos, etc. Hacia 1850 el gobierno había comenzado a atraer inmigrantes hacia las zonas más despobladas y con posibilidades de desarrollo agrícola. El crecimiento de la población por la inmigración extranjera significó: mano de obra más calificada que la local y urbanización precoz, lo que junto con la expansión agrícola motivó la formación de un vasto mercado interno, favorable al proceso de industrialización.

La producción agrícola dependía de las fluctuaciones de la demanda en el mercado internacional, de modo que al disminuir la demanda de productos agrícolas durante la crisis de 1930, la Argentina se vio severamente afectada. Como consecuencia de la disminución de su capacidad para importar, se inició un proceso de industrialización orientado a la sustitución de importaciones de bienes de consumo.

En 1930 Argentina entró en una época de recesión económica. El desarrollo de su industria y el crecimiento de su población aumentaron el mercado interno de productos agrícolas, lo cual obligó a la diversificación de éstos para adaptarse al nuevo tipo de demanda; así las exportaciones agrícolas pasaron del 51% de la producción agrícola total en el período 1925-1929 al 22% en el período 1955-1957. A esta baja se añadió el deterioro de la relación de precios del intercambio, siendo Argentina uno de los países más afectados en el mundo por este fenómeno.

Hay que distinguir, sin embargo, que dentro del período 1930-1960, los años de 1945 a 1949 fueron de gran auge debido al aumento de la demanda exterior y de los precios de los productos agrícolas provocados por la destrucción sufrida por la agricultura europea durante la segunda guerra mundial. Fue

A Preliminary Bibliography, Gainesville, University of Florida, 1967; D. Vaughan, *Urbanization in Twentieth Century Latin America: A Working Bibliography*, Austin, University of Texas, 1969; S. Brunn, *Urbanization in Developing Countries: An International Bibliography*, East Lansing, Michigan State University, 1971.

en este período cuando el país recibió el segundo contingente masivo de inmigrantes. Lamentablemente, los ingresos obtenidos durante este breve lapso no fueron invertidos en importación de bienes de capital, por lo que al disminuir nuevamente en 1949 la demanda de productos agrícolas y al operarse un nuevo deterioro de los precios del intercambio, Argentina vio una vez más disminuir su capacidad importadora y afectado su desarrollo industrial.

La segunda parte del libro está dedicada a la evolución demográfica de la Argentina. Para ello analiza la población en sus aspectos de crecimiento, mortalidad, fecundidad y migración internacional. La tercera describe la estructura de la población en cuanto a su distribución geográfica y a su estructura por sexo y edad.

A partir de 1890 las tasas de crecimiento de la población se ven afectadas por la inmigración, la cual no sólo las aumenta sino que modifica los componentes de crecimiento natural (natalidad y mortalidad). La tasa media de crecimiento anual entre 1900 y 1925 fue de 3.27% mientras la misma tasa para América Latina alcanzaba 1.8% y la de la población mundial fue de 0.83%.

La mortalidad descendió en forma rápida e ininterrumpida entre 1870 y 1914, año en que la tasa bruta de mortalidad fue de 15.2 por mil mientras que en América Latina era del orden de 30 a 35; a partir de 1914 el descenso continuó pero con menor rapidez debido al envejecimiento progresivo de la población y fue alrededor de los años 30 cuando los niveles de mortalidad argentina alcanzaron a los de los países industrializados. El rápido descenso de la mortalidad se explica principalmente por dos motivos: *a*) la expansión económica que permitió una temprana incorporación de los progresos que en la lucha contra la muerte ya habían obtenido los países industrializados y, *b*) la composición de la población, que comprendía gran proporción de extranjeros, lo que significó que la tasa de mortalidad midió en gran medida la de este grupo cuyos niveles de mortalidad se acercaban más a los de sus países de origen, que a los de la población local.

Esta última afirmación la demuestra la autora con la presentación de tablas de mortalidad distintas para la población nacida en la Argentina y para la nacida en el extranjero. Pero la escasez de datos de mortalidad por regiones impidió mostrar la mortalidad de la población nacida en el país y no influenciada en sus costumbres por la inmigración extranjera que casi exclusivamente se localizó en la zona del litoral.

La tasa bruta de natalidad en el período 1870-1900 se estima en 48 por mil, nivel correspondiente a una población que no ejercía control de la natalidad; esta tasa se redujo a 23.4 en 1960. Dado el ritmo con que descendió la natalidad, Argentina realizó su transición demográfica en un plazo muy corto, de 1870 a 1890, pero si se consideran las condiciones específicas en que ésta se produjo, la denominación no resulta muy adecuada; así, el intervalo entre la baja de la natalidad y la de la mortalidad fue muy corto y no estuvo acompañado del proceso de industrialización que caracterizó la transición demográfica en los países europeos.

Para explicar la aparición de este proceso debe tenerse en cuenta la inmigración extranjera; al igual que lo hiciera con el fenómeno mortalidad, la autora recurre, entre otras medidas, a la comparación de índices calculados sobre la población extranjera y sobre la población nativa. En 1914, la descendencia final de mujeres con 15 a 19 años de matrimonio fue de 6.17 hijos nacidos vivos para las nacidas en el país y de 5.47 para las nacidas en el extranjero. Las diferencias de fecundidad que demuestran estos índices provienen de normas culturales de fecundidad distintas entre la población nativa y la nacida fuera del país, así como sus descendientes que en su mayoría eran originarios de Italia y España en donde la natalidad a fines del siglo XIX era más baja que en Argentina. La descendencia de las mujeres

nacidas en el país habría sido sin duda mayor si en vez de medir la fecundidad legítima se hubiera dispuesto de datos para medir la fecundidad general.

Como se expresó antes, el fenómeno inmigración rige en gran parte la evolución seguida por la mortalidad y la natalidad, además de estar íntimamente ligado al desarrollo económico. Argentina conoció entre 1870 y 1960 dos grandes períodos de inmigración masiva de origen europeo. El primer ciclo (4 millones) ocurrió entre 1870 y 1929 mientras la economía del país se desarrollaba en función del comercio exterior y estuvo compuesto en un 70% por hombres solteros cuyas edades fluctuaban en un 84% entre los 13 y los 59 años. El segundo ciclo migratorio (un millón de personas) llegó a partir de 1945, fecha en que se iniciaba el auge económico de posguerra. Las características demográficas de este segundo flujo son distintas, pues la proporción de hombres solteros bajó a poco más del 50%, hubo mayor número de familias migrantes con el consecuente número de mujeres, de niños entre 0 y 13 años y de personas de más de 65; además, el índice de fijación fue más grande que el del primer ciclo. Entre 1930 y 1944, años en que se produjo el desarrollo industrial distinto a la sustitución de importaciones, los saldos netos migratorios declinaron.

Además de las consecuencias de la inmigración masiva sobre la mortalidad, la natalidad, el desarrollo económico, la urbanización, etc., es importante destacar que los migrantes y descendientes reemplazaron a la población nativa de Buenos Aires y de la región pampera (provincias de Buenos Aires, La Pampa, Córdoba y Santa Fe que fueron las que más participaron en el desarrollo agrícola). A modo de ilustración se señala que en la ciudad de Buenos Aires, en 1914, el 50.5% de la población había nacido en el extranjero.

En cuanto a la distribución geográfica cabe destacar que entre 1869 y 1960 la población se concentró en Buenos Aires y en la región pampera, acentuándose así cada vez más las disparidades regionales en cuanto a poblamiento. Mientras en 1869 Buenos Aires poseía el 12.9% de la población total del país, en 1960 tenía el 33.8% y si se considera la población de Buenos Aires y de la región pampera en su conjunto representaba el 77% de la población argentina total en 1960.

Por último, la evolución de la estructura por edades y sexo es el resultado de las características analizadas anteriormente, en especial de la natalidad y de la inmigración extranjera. La baja constante de la natalidad desde fines del siglo XIX y una inmigración con gran proporción de hombres en edades adultas, se refleja en 1947 por una pirámide de base más bien estrecha, como también una mayor cantidad de personas de 60 años y más. En la pirámide de 1960 se observa un ligero rejuvenecimiento, producto de un aumento de la natalidad después de la segunda guerra mundial y de las características estructurales del nuevo flujo migratorio llegado al país en esa época. En 1960 la población argentina puede ser definida como de tipo adulto; sin embargo, de continuar la baja de natalidad estará en vías de transformarse en una población envejecida.

Como hemos visto hasta aquí a través de la descripción de los fenómenos demográficos, la inmigración externa aparece como factor determinante en la evolución de la población argentina. Los aportes relativos a las disparidades regionales, aunque escasos debido a la falta de datos sobre provincias, son suficientes para demostrar que durante el período 1870-1960 habría que analizar la evolución socioeconómica y demográfica de dos sociedades: 1) la tradicional o nativa que no participó en el desarrollo económico logrado por la expansión agrícola, que tampoco recibió el impacto de la inmigración masiva y que posee en general las mismas características del resto de las sociedades latinoamericanas en vías de desarrollo; y 2) la

moderna de origen europeo y características étnicas, culturales y económicas diferentes de la primera.

El último capítulo lo consagra la autora a una explicación crítica de las medidas utilizadas en la parte dedicada al estudio de los fenómenos demográficos. Separar esta explicación del análisis propiamente tal hace más fácil su lectura sin quitarle rigor metodológico.

En resumen, se trata de un libro interesante y bien documentado que no sólo revela la evolución demográfica argentina sino que demuestra lo importante que puede ser el aporte de la demografía a la explicación socioeconómica de un país. Es de esperar que a este libro prosigan estudios que contemplen la historia demográfica de otros países de América Latina.

JULIETA QUILONDRÁN DE AGUIRRE
El Colegio de México

FREDERICK HARBISON, JOAN MARUHNIC y JANE RESNIK, *Quantitative Analysis of Modernization and Development*, Industrial Relations Section, New Jersey, Princeton University, 1970, 335 pp.

En los últimos años se han consagrado múltiples esfuerzos a la identificación de un conjunto de indicadores que pueda describir y aun explicar y predecir los "procesos de modernización y desarrollo" en términos comparativos entre países y regiones, ya sea a través del tiempo, ya sea en un momento dado.¹ A estas preocupaciones se suma la obra que reseñamos.

El ensayo de Harbison, Maruhnic y Resnik reviste algunas características distintivas. Destaca, en primer lugar, el énfasis puesto en la orientación y programación de los recursos humanos; del total de 43 indicadores escogidos por los autores, 22 corresponden a acervos y flujos vinculados a la estructura escolar, 6 se refieren a las modalidades de financiamiento de esa estructura, mientras que 8 son los indicadores de salud y nutrición que reflejan niveles de bienestar de la población. Solamente se atienden dos indicadores de carácter económico (ingreso y consumo de energía *per capita*).

Hecha la presentación de los indicadores y apuntadas las limitaciones de algunos de ellos se pasa, en el segundo capítulo, a la elaboración estadística de los datos correspondientes a 112 países, clasificados por zonas geográficas y niveles de desarrollo, de acuerdo con el método taxonómico propuesto por matemáticos polacos en los años cincuenta. La aplicación de este procedimiento —que se explica en detalle en el apéndice I de la obra— permite identificar grupos de países relativamente "homogéneos" en el sentido de que las distancias entre los respectivos valores de los indicadores no superan una magnitud que se supone "crítica". Para cada grupo homogéneo se propone "un país ideal" representado por aquel que recibe las más altas calificaciones en cada uno de los indicadores. Conforme a este procedimiento se tendría un marco de referencia que facilitaría, en opinión de los autores, la formulación de objetivos y metas.

En los capítulos siguientes se presentan las relaciones entre indicadores con arreglo al cálculo convencional de correlaciones y regresiones. Los resultados, sin apreciaciones complementarias, son ofrecidos al lector intere-

¹ Sin subestimar los intentos de B. M. Russet *et al.* y de A. S. Banks y R. B. Textor, cabe señalar, entre los más recientes, a I. Adelman y C. Taft Morris, *Society, Politics, and Economic Development, A Quantitative Approach*, John Hopkins Press, Baltimore, 1967, y United Nations Research Institut for Social Development (UNRISD), *Contents and Measurement of Socio-Economic Development*, Report 70.10, Ginebra, 1970.

sado en los apéndices que constituyen prácticamente la mitad del libro. Se trata de un material informativo de indudable valor puesto generosamente a disposición de los especialistas.

Caben, sin embargo, algunas reservas. Intentos como los de Harbison, Maruhnic y Resnik acentúan la necesidad de componer marcos *teóricos* de referencia que puedan auxiliarnos en tres tareas básicas de la cuantificación: la validez de los indicadores, la conversión de los mismos a una escala común y la determinación de los nexos causales entre indicadores. Este libro muy poco nos ayuda en estos temas y, a veces, confunde. Por ejemplo, es dudoso que las tasas de mortalidad —prescindiendo de la estructura específica de edades de cada población— puedan conformar un indicador de modernización relativa, a menos que sea ponderado explícitamente con la expectativa de vida correspondiente. La conversión de los indicadores, esto es, la decisión sobre qué valor del indicador será igual a cero y cuáles habrán de ser los intervalos en la escala, es parcialmente atendida al tomarse como “valor ideal” el valor más alto recibido por una variable en un grupo dado de países. Pero con ello se acentúa la tercera dificultad que anotamos: la indeterminación de nexos causales. ¿De qué depende en definitiva el número de dentistas por habitante o la participación femenina en la matrícula escolar? ¿Qué determina la calidad de la enseñanza: la relación maestro/alumno, el nivel de urbanización, o el de nutrición? Y de una manera general, ¿cuáles son las circunstancias institucionales que limitan el valor de un indicador dado?² La escasa atención a los aspectos históricos puede llevar a pensar que el crecimiento y la modernización son procesos lineales y no conflictivos y que revisten características morfológicas similares en todos los contextos. Se olvidaría así —como advirtiera recientemente L. Tabah³— que, en rigor, no existe el subdesarrollo sino *países* subdesarrollados.

Estos comentarios en modo alguno mellan el valor intrínseco del libro. Ofrece, como queda anotado, un material informativo valioso que merecería contrastarse con los datos y las “correspondencias” presentados por el informe del UNRISD. Por otra parte, contribuye sustancialmente a la normalización del lenguaje empleado en los análisis acerca del crecimiento, el desarrollo y la modernización.

JOSEPH HODARA
CEPAL, Subsede, México

² Por ejemplo, los beneficios derivados del incremento del gasto público en educación no pueden estimarse en plenitud sin analizar la composición por regiones y por estratos sociales de la matrícula escolar en sus diferentes niveles. Observaciones al respecto, véanse en CEPAL-ILPES, *Enseñanza media, estructura social y desarrollo en América Latina*, E/CN. 12/924, noviembre, 1971.

³ En F. Bechhofer (comp.), *Population Growth and the Brain Drain*, Edinburgh University Press, 1969, p. 164.